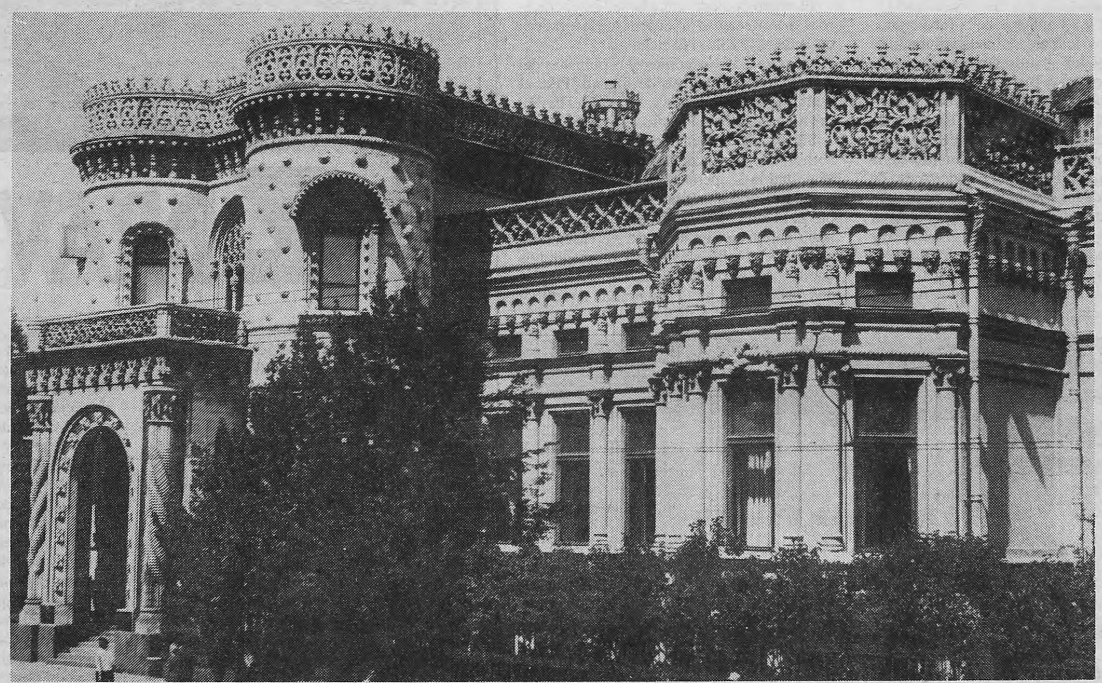
SARCU

SOCIEDAD ARGENTINA DE RELACIONES CULTURALES CON LA URSS

Desde 1965 SARCU trabaja para estrechar la amistad entre la Argentina y la Unión Soviética. Para impulsar los intercambios culturales y el contacto humano. Para difundir los avances de la ciencia y la tecnología soviéticas. Y para difundir entre el pueblo de la URSS las expresiones más importantes del arte argentino y de la cultura argentina. Esta búsqueda constante se realiza con la ayuda de los servicios que brinda SARCU: la biblioteca, el centro de documentación, el departamento de idioma ruso, el cineclub, el departamento de viajes culturales, las exposiciones, la librería, los ciclos de conferencias, la promoción de concursos y exposiciones, los conciertos, los deportes, el departamento científico y el departamento de literatura y teatro. SARCU, además, favorece el intercambio de delegaciones parlamentarias, de funcionarios provinciales y de autoridades municipales.



Sede central, en Moscú, de la Unión de Sociedades de Amistad y Relaciones Culturales con el Extranjero.

SARCU Capital Rivadavia 4266
SARCU Córdoba 27 de Abril 877
SARCU Mendoza La Rioja 1278
SARCU Rosario Mitre 877
SARCU San Juan San Luis 657 (P.A. Este)
SARCU Mar del Plata Santa Fe 2527
SARCU Bahía Blanca Fitz Roy 72

TURISMO JUVENIL PASAPORTE DE LA PAZ Y LA AMISTAD

Programas especiales para grupos juveniles, de acuerdo con el interés de cada uno.
Salidas: 22.12.87 y 5.1.88



Una manera distinta de conocer
Empresa de Viajes y Turismo
Tucumán 1668 - 4° P. - Tel. 45-6312 y 40-0585
Télex 18167 COSMO AR
Leg. 5037 Res. 225/86

30 AÑOS ORGANIZANDO VIAJES A LA URSS

Programas turísticos con visitas Sociales y Culturales. Festivales de Cine, Teatro, Ballet y Música.
Eventos y Congresos Científicos.
Agentes Oficiales de Intourist y Aeroflot



Sarmiento 552 P. 11
Tel. 394-0096/0420/0744/7520
Télex: 24393 TMSCA AR
1041 Buenos Aires
EVT 0229/73 Leg. 0041



Noviembre 7, 1917

PETROGRADO AL AMANECER

Por Egor Yakovlev

Cómo imaginar a Lenin en aquella noche del martes al miércoles, la noche anterior al triunfo de la Revolución de Octubre? El pintor M.Shafrán hizo un dibujo a carbón. En el margen derecho de la hoja está la inscripción: "25/X/1917. Smolni. Petrogrado". Un retrato inusual: Lenin aparece sin bigotes ni barba. Se los quitó para usar el nombre ficticio de Konstantin Ivanov. También se puso una peluca pero, cuando a la noche se presentó en el Smolni se la quitó sin querer con el gorro. Las facciones en el retrato parecen salir de lo profundo, como si volvieran de la nada: de la clandestinidad al mundo.

Al abandonar el departamento clandestino –ahora sabemos que fue el último– situado en la calle Serdobolskaya, Lenin se dirigió caminando al Smolni, evitando los encuentros con las patrullas y los guardias a caballo. Faltaban pocas horas para que encabezara el gobierno del primer Estado socialista del mundo.

Una hora y 25 minutos de la madrugada: los marineros, los soldados del regimiento de Keksgolm y los guardias rojos ocupan la sede de Correos y Telégrafos. Las 2 de la madrugada: las tropas leales al Comité Militar Revolucionario tomaron la Estación de Ferrocarril de Nicolás. A las 6 de la mañana, 40 marineros de la Unidad de Guardia de la Flota entran en el Banco del Estado. A eso de las 7 los soldados revolucionarios ocupan la Oficina Central de Telégrafos. A la mañana, los rebeldes toman el puente Dvortswovy que conduce al Palacio de Invierno. Surge la posibilidad real de asaltarlo.

A las 10, Kerenski todavía está en Petrogrado o, mejor dicho, huye de la ciudad insurgente bajo bandera norteamericana en un coche de la embajada de los Estados Unidos. A esa hora precisamente (el 25 de octubre de 1917, a las 10 de la mañana) Lenin escribe el llamamiento *¡A los ciudadanos de Rusia! El Gobierno Provisional ha sido depuesto.*

Pasó la noche del martes al miércoles, comenzó el nuevo día, y la insurrección triunfó. Lenin insiste otra vez: hay que ir hasta el final. El Gobierno Provisional ha sido derrocado, pero los ministros aún se reúnen en el Palacio de Invierno. "A partir de las 11 de la mañana y hasta las 11 de la noche, Lenin literalmente nos bombardeó con esquelas –recordaba N. Podvoiski, un participante de la revolución–. Nos escribía que frustráramos todos los planes. El Congreso estaba por inaugurarse, pero todavía no habíamos tomado el Palacio de Invierno y el Gobierno Provisional no había sido arrestado".

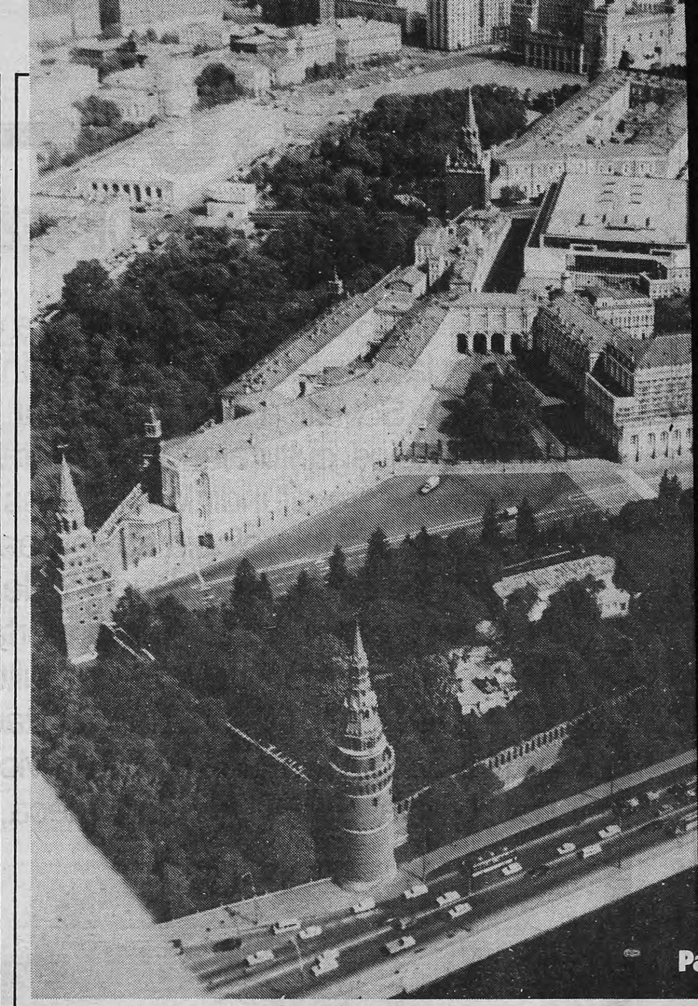
El asalto demora. Anochece. En el crucero *Aurora* se espera la señal desde la fortaleza de Pedro y Pablo. No llega.

A las 21.45 el cañón de seis pulgadas del *Aurora* hizo un disparo de fogueo. Pero el asalto sigue demorándose. En la plaza hay 18 mil hombres. En el Palacio, tan sólo dos mil.

Sólo a medianoche se iniciará el asalto, abrirán las puertas de hojas múltiples de Su Majestad la Emperatriz, subirán por la suntuosa escalera de mármol. Escribió un miembro del Gobierno Provisional: "De repente, hubo ruido en alguna parte y, enseguida, creció, se amplió y acercó. Comprendimos que llegaba el final. Quienes estaban sentados o acostados, se levantaron de un salto y todos tomamos los abrigos".



Vladimir Ilich Lenin, alias, en 1917, Konstantin Ivanov.



¡ZDRAVSTVU

PRIMERA impresión en Moscú: ¡Zdrávstvuitie, továrich! (¡Salud, camarada!), saluda un gordo rubicundo al pasar con el puño en alto. Y uno, todavía somnoliento en el pasillo del hotel puede dejarse asaltar por los fantasmitas que guarda en el closet y sentirse James Bond, espía con licencia para matar o Vittorio Codovilla, conspirador rojo y delegado al Komintern.

Pero ya en la cafetería, una camarera rolliza rompe el encanto de ese espejismo de utilería y ofrece una bandeja desbordada de huevos duros y café; desayuno típico, con traje típico de la camarera que deposita el vuelto en un bolsillo oculto entre sus saludables senos.

Una vez resuelto el tema culinario no hay nada más que esperar para zambullirse de cabeza en Krásnaya Ploschá, la Plaza Roja, 70 mil metros cuadrados de adoquines que atesoran el espíritu y la historia rusas junto al Kremlin de Moscú. Y a pesar de la indiscutible solemnidad de ese encuentro, y por esas cosas de leer los diarios, es imposible evitar en el primer segundo un cosquilleo en la nuca y la maldita sensación de que, al más leve error en el botón rojo, un aerodinámico misil nuclear reventará sobre nuestras cabezas.

Las campanas

La Plaza está limitada por los altos muros almenados del Kremlin y el mausoleo de Lenin de un lado y frente a ellos por la triple galería de los Grandes Almacenes del Estado (Tiendas GUM). En uno de sus extremos está el edificio neogótico de ladrillo colorado, del Museo de Historia y en el otro, la Catedral de la Santa Intercesión, o de San Basilio, construida por Iván el Terrible, con su racimo de cúpulas en forma de cebollas multicolores que suele aparecer en los dibujos animados de Walt Disney.

Una multitud deambula siempre por la plaza. Los más ruidosos son los grupos de jubilados del PC italiano que avanzan en pelotón gritando chistes y cantando Bandera Rossa o Bella Ciao y repartiendo llaveros y medallitas con emblemas. Un grupo de pastores uzbekos, con caftanes y sombreritos cuadrados con coleta atraviesa silenciosa e inmutablemente una parvada de disciplinados escolares mongoles mientras una pareja de recién casados pide a un turista que los fotografíe frente al mausoleo de Lenin. La mayoría se incorpora a la larga fila que espera pacientemente su turno para visitar el mausoleo. Como los musulmanes acuden a La Meca, los católicos a Roma y los judíos a Israel, desde todas las repúblicas soviéticas, la gente llega en peregrinación, por lo menos una vez en su vida, hasta el edificio de granito rojo en cuyo interior se encuentra el sarcófago de vidrio que contiene los restos embalsamados del estratega de la Revolución de Octubre. La cola de más de dos cuadras ya forma parte del paisaje.

Pero el paseo festivo por la Plaza se convierte en una ceremonia solemne cuando se produce el cambio de guardia. Las diez campanas de la torre del Salvador comienzan a sonar lentamente, marcando el paso a los tres soldados de la guardia de relevo que atraviesan el muro por los grandes pórticos de la torre y avanzan hacia el mausoleo. El bullicio se apaga mientras la gente acude a presenciar la ceremonia y en la inmensa plaza solamente puede escucharse el sonido metálico de las campanas y la cadencia de las botas golpeando el piso. Podría ser un desfile más, el cambio folklórico de guardia en el palacio de Buckingham, pero para el espíritu emotivo y pasional de los rusos, esa ceremonia tiene la potencia de una gesta épica y ni siquiera los turistas pueden sustraerse a la emoción colectiva cuando vislumbran lágrimas en las caras oscuras de los pueblos orientales o angulosas y rojas de los eslavos.

Los libros de arte son baratos en la URSS. Por diez o quince dólares pueden conseguirse obras cuyo valor fuera de la Unión Soviética ronda los 50 dólares o más. Por eso, la primera mañana libre sin la compañía de la guía, una fanática de Hemingway que aprendió español para entender mejor *Muerte en la tarde*, resulta una buena oportunidad para acercarse a la librería internacional.

Sin embargo, la gente no dice ni pío en español y casi nada en inglés o francés y los

Noviembre 7, 1917

PETROGRADO AL AMANECER

Por Egor Yakovlev

Cómo imaginar a Lenin en aquella noche del martes al miércoles, la noche anterior al triunfo de la Revolución de Octubre? El pintor M.Shafrán hizo un dibujo a carbón. En el margen derecho de la hoja está la inscripción: "25/X/1917. Smolni. Petrogrado". Un retrato inusual: Lenin aparece sin bigotes ni barba. Se los quitó para usar el nombre ficticio de Konstantin Ivanov. También se puso una peluca pero, cuando a la noche se presentó en el Smolni se la quitó sin querer con el gorro. Las facciones en el retrato parecen salir de lo profundo, como si volvieran de la nada: de la clandestinidad al mundo.

Al abandonar el departamento clandestino –ahora sabemos que fue el último– situado en la calle Serdobolskaya, Lenin se dirigió caminando al Smolni, evitando los encuentros con las patrullas y los guardias a caballo. Faltaban pocas horas para que encabezara el gobierno del primer Estado socialista del mundo.

Una hora y 25 minutos de la madrugada: los marineros, los soldados del regimiento de Keksgolm y los guardias rojos ocupan la sede de Correos y Telégrafos. Las 2 de la madrugada: las tropas leales al Comité Militar Revolucionario tomaron la Estación de Ferrocarril de Nicolás. A las 6 de la mañana, 40 marineros de la Unidad de Guardia de la Flota entran en el Banco del Estado. A eso de las 7 los soldados revolucionarios ocupan la Oficina Central de Telégrafos. A la mañana, los rebeldes toman el puente Dvortswovy que conduce al Palacio de Invierno. Surge la posibilidad real de asaltarlo.

A las 10, Kerenski todavía está en Petrogrado o, mejor dicho, huye de la ciudad insurgente bajo bandera norteamericana en un coche de la embajada de los Estados Unidos. A esa hora precisamente (el 25 de octubre de 1917, a las 10 de la mañana) Lenin escribe el llamamiento *¡A los ciudadanos de Rusia! El Gobierno Provisional ha sido depuesto.*

Pasó la noche del martes al miércoles, comenzó el nuevo día, y la insurrección triunfó. Lenin insiste otra vez: hay que ir hasta el final. El Gobierno Provisional ha sido derrocado, pero los ministros aún se reúnen en el Palacio de Invierno. "A partir de las 11 de la mañana y hasta las 11 de la noche, Lenin literalmente nos bombardeó con esquelas –recordaba N. Podvoiski, un participante de la revolución–. Nos escribía que frustráramos todos los planes. El Congreso estaba por inaugurarse, pero todavía no habíamos tomado el Palacio de Invierno y el Gobierno Provisional no había sido arrestado".

El asalto demora. Anochece. En el crucero *Aurora* se espera la señal desde la fortaleza de Pedro y Pablo. No llega.

A las 21.45 el cañón de seis pulgadas del *Aurora* hizo un disparo de fogueo. Pero el asalto sigue demorándose. En la plaza hay 18 mil hombres. En el Palacio, tan sólo dos mil.

Sólo a medianoche se iniciará el asalto, abrirán las puertas de hojas múltiples de Su Majestad la Emperatriz, subirán por la suntuosa escalera de mármol. Escribió un miembro del Gobierno Provisional: "De repente, hubo ruido en alguna parte y, enseguida, creció, se amplió y acercó. Comprendimos que llegaba el final. Quienes estaban sentados o acostados, se levantaron de un salto y todos tomamos los abrigos".



Vladimir Ilich Lenin, alias, en 1917, Konstantin Ivanov.



¡ZDRAVSTVUITIE, TOVARICH!

Por Luis Bruschtein

PRIMERA impresión en Moscú: ¡Zdrávstvuitie, továrich! (¡Salud, camarada!), saluda un gordo rubicundo al pasar con el puño en alto. Y uno, todavía somnoliento en el pasillo del hotel puede dejarse asaltar por los fantasmitas que guarda en el closet y sentirse James Bond, espía con licencia para matar o Vittorio Codovilla, conspirador rojo y delegado al Komintern.

Pero ya en la cafetería, una camarera rolliza rompe el encanto de ese espejismo de utilería y ofrece una bandeja desbordada de huevos duros y café; desayuno típico, con traje típico de la camarera que deposita el vuelto en un bolsillo oculto entre sus saludables senos.

Una vez resuelto el tema culinario no hay nada más que esperar para zambullirse de cabeza en Krásnaya Ploschá, la Plaza Roja, 70 mil metros cuadrados de adoquines que atesoran el espíritu y la historia rusas junto al Kremlin de Moscú. Y a pesar de la indiscutible solemnidad de ese encuentro, y por esas cosas de leer los diarios, es imposible evitar en el primer segundo un cosquilleo en la nuca y la maldita sensación de que, al más leve error en el botón rojo, un aerodinámico misil nuclear reventará sobre nuestras cabezas.

Las campanas

La Plaza está limitada por los altos muros almenados del Kremlin y el mausoleo de Lenin de un lado y frente a ellos por la triple galería de los Grandes Almacenes del Estado (Tiendas GUM). En uno de sus extremos está el edificio neogótico de ladrillo colorado, del Museo de Historia y en el otro, la Catedral de la Santa Intercesión, o de San Basilio, construida por Iván el Terrible, con su racimo de cúpulas en forma de cebollas multicolores que suele aparecer en los dibujos animados de Walt Disney.

Una multitud deambula siempre por la plaza. Los más ruidosos son los grupos de jubilados del PC italiano que avanzan en pelotón gritando chistes y cantando Bandera Rossa o Bella Ciao y repartiendo llaveros y medallitas con emblemas. Un grupo de pastores uzbekos, con caftanes y sombreritos cuadrados con coleta atraviesa silenciosa e inmutablemente una parvada de disciplinados escolares mongoles mientras una pareja de recién casados pide a un turista que los fotografíe frente al mausoleo de Lenin. La mayoría se incorpora a la larga fila que espera pacientemente su turno para visitar el mausoleo. Como los musulmanes acuden a La Meca, los católicos a Roma y los judíos a Israel, desde todas las repúblicas soviéticas, la gente llega en peregrinación, por lo menos una vez en su vida, hasta el edificio de granito rojo en cuyo interior se encuentra el sarcófago de vidrio que contiene los restos embalsamados del estratega de la Revolución de Octubre. La cola de más de dos cuadras ya forma parte del paisaje:

Pero el paseo festivo por la Plaza se convierte en una ceremonia solemne cuando se produce el cambio de guardia. Las diez campanas de la torre del Salvador comienzan a sonar lentamente, marcando el paso a los tres soldados de la guardia de relevo que atraviesan el muro por los grandes pórticos de la torre y avanzan hacia el mausoleo. El bullicio se apaga mientras la gente acude a presenciar la ceremonia y en la inmensa plaza solamente puede escucharse el sonido metálico de las campanas y la cadencia de las botas golpeando el piso. Podría ser un desfile más, el cambio folklórico de guardia en el palacio de Buckingham, pero para el espíritu emotivo y pasional de los rusos, esa ceremonia tiene la potencia de una gesta épica y ni siquiera los turistas pueden sustraerse a la emoción colectiva cuando vislumbran lágrimas en las caras oscuras de los pueblos orientales o angulosas y rojas de los eslavos.

Los libros de arte son baratos en la URSS. Por diez o quince dólares pueden conseguirse obras cuyo valor fuera de la Unión Soviética ronda los 50 dólares o más. Por eso, la primera mañana libre sin la compañía de la guía, una fanática de Hemingway que aprendió español para entender mejor *Muerte en la tarde*, resulta una buena oportunidad para acercarse a la librería internacional.

Sin embargo, la gente no dice ni pío en español y casi nada en inglés o francés y los carteles indicadores están escritos con inextricables caracteres cirílicos o sea que es una aventura con poco destino moverse en ómnibus o en el famoso metro de Moscú.

Medallas

Siempre quedan los taxis y la lucha para conseguirlos es dura. Finalmente uno hizo caso a las señas desesperadas, pero ya está ocupado. El chofer tomó el papelito con la dirección de la librería escrita en ruso y consultó con el pasajero, un hombre huesudo y corpulento metido en un traje holgado con el saco lleno de condecoraciones rojas.

Por más que se esforzó para demostrar su hospitalidad internacionalista fue imposible intercambiar otra cosa que ademanes y sonrisas y descubrir el misterio de tantas medallas. Caminando por Moscú o por otras ciudades soviéticas es común ver pasar hombres y mujeres condecorados. Algunas son condecoraciones de guerra, otras premios al trabajo y otras simplemente distintivos. Los distintivos atiborran los quioscos y los hay de todos tipos, desde estrellas rojas y hoces y martillos de todos los tamaños, Lenin en todas las edades y actitudes, igual que Carlos Marx, y también están los dedicados a la conquista del cosmos y al progreso económico.

El regreso al hotel también fue en un taxi compartido, pero esta vez no fue con el amable obrero de fundición, o por lo menos eso parecía, sino con una elegante dama que negoció a brazo partido el precio por compartir el mismo asiento trasero que ella había abordado primero. O sea que además de pagarle al chofer, hubo que darle su cuota a la pasajera.

Fue una mañana frustrada en ese sentido. El libro buscado no se encontraba a la vista en interminables mostradores y la vendedora era un verdadero cohete espacial. Medía un metro ochenta perfectamente bien repartido, pelo oscuro, ojos azules, pómulos marcados y una minifalda de jean que rompía las baldosas a su paso. El verano moscovita tiene paseos para recorrer acompañado, como las colinas arboladas de Lenin, desde donde se ve el río Moscova y parte de la ciudad, o un viaje en barco por el río Moscova que atraviesa Moscú y pasa junto a las doradas cúpulas del Kremlin. Un paisaje romántico, sin duda, y una expresión babosa también y cualquier paseo con la vendedora quedó en la fantasía cuando la muchacha dijo unas palabras en ruso a uno de sus compañeros que se acercó con cara de pocos amigos.

En fin, ya era el mediodía y había que buscar un lugar para comer. En las avenidas de la ciudad hay restaurantes de todo tipo, desde barracones hasta americanos de autoservicio y en todos ellos, a la hora de la comida flota el tufillo dulce de la sopa de coliflor que es algo así como la comida más popular. La sopa de coliflor y el vodka son especialidades exquisitas soviéticas, pero desgraciadamente su digestion es pesada y produce no pocas molestias en situaciones de amontonamiento.

A unos 150 kilómetros de Moscú, sobre el río Volga, se encuentra el círculo dorado de antiguas ciudades rusas, Vladimir, Súzdal, Zagorsk, Yaroslav, Rostov-El Grande. El trayecto en ómnibus no se hace largo a través de la campiña ondulada y prolija con manchones de alamedas, bosques de pino y viejos robles. Las casas que bordean la ruta son de madera y los marcos de las ventanas, de las puertas y los aleros están tallados con firuletes pintados en colores fuertes. Sobre el horizonte, junto al río aparecen de tanto en tanto las cúpulas en forma de cebolla de antiguos monasterios y conventos o los muros blancos de una fortaleza medieval como la de Súzdal que ahora se transformó en un centro turístico y cuenta con un restaurante de primera.

La vida de Andrei Rubliov, el monje pintor, transcurrió en esta zona y Andrei Tarkovski, tan genial como el monje, supo describir en su film sobre la vida de Rubliov el espíritu de sacrificio del pueblo ruso. Tarkhovski conocía como pocos la esencia campesina, generosa, ruda y grandilocuente de la historia rusa, pero esa maestría le valió un exilio de hecho, donde murió en 1987 cuando la *perestroika* comenzaba a descongelar sus películas en la URSS.

Los iconos de Andrei Rubliov son de los más antiguos que se conservan en la catedral de Súzdal y en el Kremlin.

El baile

El camino de regreso se hizo más aburrido. El ómnibus se detuvo en un parador campestre, una gran cabaña de madera con un pequeño lago artificial, bandadas de patos y un puente muy romántico. Allí funciona un restaurante y un salón de baile para la gente del lugar y los viajeros que prefieren alejarse del rumoroso Moscú. Tras la comida la orquesta atacó con una polca, salieron algunas parejas y comenzó el baile. Inmediatamente después, interpretó un rock con acordeón a piano y algunas muchachas bailaron entre sí. Junto al salón de baile hay una salita adonde dan las puertas de los baños que en realidad funcionan como centro social. Los hombres se refrescan, peinan y acicalan frente al espejo, chapoteando sobre el piso mojado por una rajadura en la taza del inodoro. Otros fuman un cigarrillo y hacen comentarios sobre el baile. En la salita, las muchachas están sentadas esperando el universal cabezazo. Y fue nada más salir del baño cuando una rubia rellenita, con el pelo batido y un vestido rojísimo, guiñó un ojo en una invitación indeclinable para bailar tijera rusa en ritmo de twist. Carga de la caballería pesada, atrapado y sin salida; arriba y adelante. Liberación femenina en una campiña de cosacos.

De regreso en Moscú, el Kremlin, antiguo asiento del gobierno zarista y actual centro político de la URSS, en cuyo Gran Palacio el águila bicéfala de los Romanoff que aún se puede ver en los muebles y en los bajorrelieves de los muros, comparte honores con los símbolos del proletariado.

Y el Kremlin, como la Plaza Roja con su nombre equívoco, descarga sobre el visitante la gran fuerza ambivalente y contradictoria de lo nuevo y lo viejo que nunca termina de resolverse. La Plaza Roja, cuya sola mención provoca urticarias en Occidente, fue bautizada así en el siglo XVII antes de que a Marx se le ocurriera nacer porque rojo en ruso (Krasnaya) significa también hermosa, y quizá también porque en ella se realizaban las ejecuciones públicas y quizá, podría ser, porque el rincón rojo era aquel donde los campesinos adoraban sus objetos sagrados.

A pocos metros del Gran Palacio, en el edificio del viejo Senado, donde se alojaba, Lenin escribió sus últimos trabajos obsesionado en su lucha contra lo viejo, que a veces eran los restos de la estructura zarista y a veces la ya vieja estructura de su partido y también despotricaba contra la burocracia y la ineficiencia en la estructura del Estado. A pocos metros de donde Lenin escribió esos documentos se exhiben orgullosamente como monumentos históricos dos símbolos de la ineficiencia estatal, pero del zarismo. La Gran Campana Zarina y el Gran Cañón Zar, la campana y el cañón más grandes del mundo, ambos totalmente inútiles. "Obra maestra de la artillería antigua y de la pericia de los fundidores rusos del siglo XVI", dice la guía sin mucha convicción porque ese cañón nunca pudo disparar las moles de casi un metro de diámetro que medían sus proyectiles. La Zarina es "la campana más grande que ha existido en el mundo", pesa 200 toneladas y se resquebrajó dos años después de haber sido terminada, sin que nadie la hubiera tañido jamás.

En la Plaza de las catedrales junto al Gran Palacio, se levantan dos catedrales, dos iglesias y la torre de Iván el Terrible. Más de treinta cúpulas doradas coronadas por sus cruces que destellan casi unidas en el cielo a las estrellas rojas de cristal de rubí de tres metros de diámetro que saludan a la gloria de la Revolución de Octubre desde la punta de cinco de las torres del muro que rodea al Kremlin.

El Palacio de los Congresos es el edificio más nuevo; se construyó en 1961, en un solo año. Es un teatro de cinco pisos, con capacidad para seis mil personas y una sala de banquetes en el último nivel. Cuando no se reúne el Comité Central del Partido Comunista, el local es utilizado para funciones de teatro y ballet y resulta sorprendente la masiva adhesión popular, sobre todo a este último. Una multitud de seis mil personas acude a ver al Bolshoi o al ballet de Moscú, en una función común, y sin que sea día de estreno, hombres y mujeres y también niños, y casi no se escuchan ruidos durante la función porque todos están pendientes y son conocedores de lo que sucede en el escenario. En pocos países del mundo el ballet tiene una respuesta popular tan masiva y pocos países del mundo tienen grupos como el Bolshoi de Moscú o el del teatro Kirov de Leningrado. En el intervalo suena una chicharra y por lo menos tres mil soviéticos se lanzan escaleras mecánicas arriba hacia el salón de banquetes donde hay dispuesto un inmenso autoservicio con bocadillos de salmón rosado, caviar y jugo de frutas o vino. Suena otra chicharra y los tres mil abajo, pero durante la función ni se chista.

Leningrado es otro cantar. Próxima al Polo Norte, en la misma latitud que Kamchatka y que el sur de Alaska, Pedro el Grande ordenó su construcción sobre la base de una fabulosa acumulación feudal que ya había entrado en desuso entre las monarquías de Europa occidental, más seducidas por las rentas del capitalismo. Se trasladaron palacios completos de ciudades italianas y francesas y se mandaron construir réplicas de otros sobre las 41 islas del delta del río Neva frente al Báltico. Una ciudad de palacios atravesada por 86 ríos, riachuelos, afluentes y canales. La ciudad donde vivió y murió en un duelo por cuestión de faldas el poeta nacional ruso, Alejandro Pushkin. Y así de repente el ómnibus pasa por una esquina y el guía señala un edificio diciendo "Allí vivió el estudiante Raskolnikoff", que en realidad no vivió nunca nada más que en la imaginación de Fedor Dostoievski con cuya casa se puede topar uno caminando displicentemente por la calle de La Fontanca.

En el verano, el sol apenas se oculta tras el horizonte y lo que debería ser la noche toma la luminosidad de un crepúsculo plateado hasta el amanecer. Son las noches blancas de Leningrado. A la medianoche, una o dos de la madrugada, la ciudad resplandece plateada y solitaria. Entonces es la mejor hora para escaparse del hotel Pribaltiskaya, abordar corriendo un ómnibus con varios kópecs en la mano para que el chofer seleccione los que corresponden al costo del pasaje y bajar en el versallesco Palacio de Invierno, el Ermitage de Catalina II que hoy es uno de los museos más completos del mundo. Entonces, en la soledad de la explanada del Palacio se puede revivir la escena culminante del *Octubre* de Eisenstein, cuando los marineros y soldados del soviet asaltan el Ermitage desde la gran arcada del Palacio del Estado Mayor. Allí se filmó la película, pero además allí sucedieron los hechos.

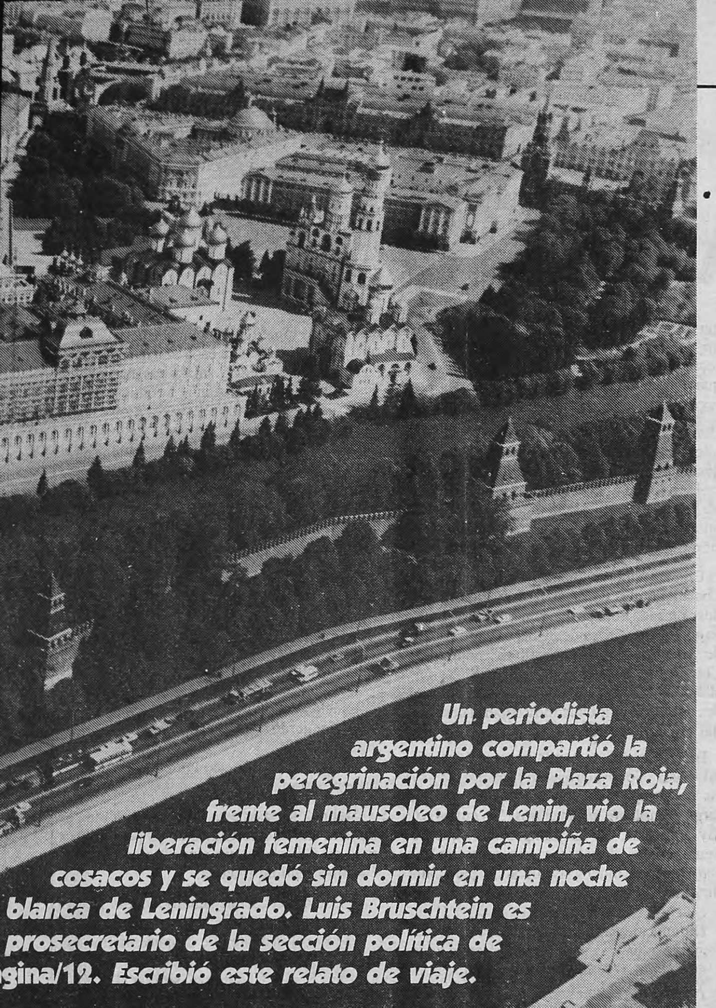
Como Chaplin

Y después de esa breve digresión histórica hay que dejarse atraer por las callecitas que bordean los canales adonde llega apenas el susurro de algún motor lejano. Y aparecer inesperadamente otra vez en el malecón del Neva poblado ahora por parejas y grupos de jóvenes que salen de los teatros. Un hombrecito vestido como Chaplin, con moñito y sombrero hongo, avanza haciendo aspavientos por el centro de la vereda acompañado por tres muchachas. Se acerca para pedir fuego, empieza en ruso, sigue en alemán y como ve que no la emboca termina en el kriga-bundolo simiesco, universal y más inteligible. El hombrecito resulta director de teatro, una de las muchachas es la escenógrafa, otra actriz y la tercera su hermana, que pesca algo de castellano. Una invitación para tomar cognac y vodka en su buhardilla, una forma de hacer amigos y una larga y complicadísima conversación de donde resulta que la *perestroika* ha creado expectativa y que su fe en la sociedad soviética se alimenta con los vientos de apertura.

El único defecto de las noches blancas es que hay que olvidarse de dormir, como las gallinas cuando les prenden luz artifical para que pongan más huevos. De regreso al hotel, se produce un cruce de miradas con una especie de diosa latina de vestido largo y ceñido, tacos altos y pelo suelto. ¡Ah, caray!

Pero la primera e inocente aproximación depara una amarga sorpresa. Se trata de un finísimo gato italiano de caza en la temporada del turista finlandés, que suele atravesar el Báltico con el bolsillo bien provisto. Tarifa fuera de toda discusión. Otro mal menor aparentemente tolerado por el bien de los finlandeses.

Con el zumbido de las turbinas comienza la nostalgia. Adiós Leningrado, adiós Moscú. Con el cigarrillo prendido uno se pregunta qué extrañará más de esta tierra de cosacos bebedores en la frontera fidusa entre Oriente y Occidente. No sólo de caviar y vodka se alimenta el hombre.



Un periodista argentino compartió la peregrinación por la Plaza Roja, frente al mausoleo de Lenin, vio la liberación femenina en una campiña de cosacos y se quedó sin dormir en una noche blanca de Leningrado. Luis Bruschtein es prosecretario de la sección política de gina/12. Escribió este relato de viaje.

ITIE, TOVARICH!

Por Luis Bruschtein

carteles indicadores están escritos con inextricables caracteres cirílicos o sea que es una aventura con poco destino moverse en ómnibus o en el famoso metro de Moscú.

Medallas

Siempre quedan los taxis y la lucha para conseguirlos es dura. Finalmente uno hizo caso a las señas desesperadas, pero ya está ocupado. El chofer tomó el papelito con la dirección de la librería escrita en ruso y consultó con el pasajero, un hombre huesudo y corpulento metido en un traje holgado con el saco lleno de condecoraciones rojas.

Por más que se esforzó para demostrar su hospitalidad internacionalista fue imposible intercambiar otra cosa que ademanes y sonrisas y descubrir el misterio de tantas medallas. Caminando por Moscú o por otras ciudades soviéticas es común ver pasar hombres y mujeres condecorados. Algunas son condecoraciones de guerra, otras premios al trabajo y otras simplemente distintivos. Los distintivos atiborran los quioscos y los hay de todos tipos, desde estrellas rojas y hoces y martillos de todos los tamaños, Lenin en todas las edades y actitudes, igual que Carlos Marx, y también están los dedicados a la conquista del cosmos y al progreso económico.

El regreso al hotel también fue en un taxi compartido, pero esta vez no fue con el amable obrero de fundición, o por lo menos eso parecía, sino con una elegante dama que negoció a brazo partido el precio por compartir el mismo asiento trasero que ella había abordado primero. O sea que además de pagarle al chofer, hubo que darle su cuota a la pasajera.

Fue una mañana frustrada en ese sentido. El libro buscado no se encontraba a la vista en interminables mostradores y la vendedora era un verdadero cohete espacial. Medía un metro ochenta perfectamente bien repartido, pelo oscuro, ojos azules, pómulos marcados y una minifalda de jean que rompía las baldosas a su paso. El verano moscovita tiene paseos para recorrer acompañado, como las colinas arboladas de Lenin, desde donde se ve el río Moscova y parte de la ciudad, o un viaje en barco por el río Moscova que atraviesa Moscú y pasa junto a las doradas cúpulas del Kremlin. Un paisaje romántico, sin duda, y una expresión babosa también y cualquier paseo con la vendedora quedó en la fantasía cuando la muchacha dijo unas palabras en ruso a uno de sus compañeros que se acercó con cara de pocos amigos.

En fin, ya era el mediodía y había que buscar un lugar para comer. En las avenidas de la ciudad hay restaurantes de todo tipo, desde barracones hasta americanos de autoservicio y en todos ellos, a la hora de la comida flota el tufillo dulce de la sopa de coliflor que es algo así como la comida más popular. La sopa de coliflor y el vodka son especialidades exquisitas soviéticas, pero desgraciadamente su digestion es pesada y produce no pocas molestias en situaciones de amontonamiento.

A unos 150 kilómetros de Moscú, sobre el río Volga, se encuentra el círculo dorado de antiguas ciudades rusas, Vladimir, Súzdal, Zagorsk, Yaroslav, Rostov-El Grande. El trayecto en ómnibus no se hace largo a través de la campiña ondulada y prolija con manchones de alamedas, bosques de pino y viejos robles. Las casas que bordean la ruta son de madera y los marcos de las ventanas, de las puertas y los aleros están tallados con firuletes pintados en colores fuertes. Sobre el horizonte, junto al río aparecen de tanto en tanto las cúpulas en forma de cebolla de antiguos monasterios y conventos o los muros blancos de una fortaleza medieval como la de Súzdal que ahora se transformó en un centro turístico y cuenta con un restaurante de primera.

La vida de Andrei Rubliov, el monje pintor, transcurrió en esta zona y Andrei Tarkovski, tan genial como el monje, supo describir en su film sobre la vida de Rubliov el espíritu de sacrificio del pueblo ruso. Tarkhovski conocía como pocos la esencia campesina, generosa, ruda y grandilocuente de la historia rusa, pero esa maestría le valió un exilio de hecho, donde murió en 1987 cuando la *perestroika* comenzaba a descongelar sus películas en la URSS.

Los iconos de Andrei Rubliov son de los más antiguos que se conservan en la catedral de Súzdal y en el Kremlin.

El baile

El camino de regreso se hizo más aburrido. El ómnibus se detuvo en un parador campestre, una gran cabaña de madera con un pequeño lago artificial, bandadas de patos y un puente muy romántico. Allí funciona un restaurante y un salón de baile para la gente del lugar y los viajeros que prefieren alejarse del rumoroso Moscú. Tras la comida la orquesta atacó con una polca, salieron algunas parejas y comenzó el baile. Inmediatamente después, interpretó un rock con acordeón a piano y algunas muchachas bailaron entre sí. Junto al salón de baile hay una salita adonde dan las puertas de los baños que en realidad funcionan como centro social. Los hombres se refrescan, peinan y acicalan frente al espejo, chapoteando sobre el piso mojado por una rajadura en la taza del inodoro. Otros fuman un cigarrillo y hacen comentarios sobre el baile. En la salita, las muchachas están sentadas esperando el universal cabezazo. Y fue nada más salir del baño cuando una rubia rellenita, con el pelo batido y un vestido rojísimo, guiñó un ojo en una invitación indeclinable para bailar tijera rusa en ritmo de twist. Carga de la caballería pesada, atrapado y sin salida; arriba y adelante. Liberación femenina en una campiña de cosacos.

De regreso en Moscú, el Kremlin, antiguo asiento del gobierno zarista y actual centro político de la URSS, en cuyo Gran Palacio el águila bicéfala de los Romanoff que aún se puede ver en los muebles y en los bajorrelieves de los muros, comparte honores con los símbolos del proletariado.

Y el Kremlin, como la Plaza Roja con su nombre equívoco, descarga sobre el visitante la gran fuerza ambivalente y contradictoria de lo nuevo y lo viejo que nunca termina de resolverse. La Plaza Roja, cuya sola mención provoca urticarias en Occidente, fue bautizada así en el siglo XVII antes de que a Marx se le ocurriera nacer porque rojo en ruso (Krasnaya) significa también hermosa, y quizá también porque en ella se realizaban las ejecuciones públicas y quizá, podría ser, porque el rincón rojo era aquel donde los campesinos adoraban sus objetos sagrados.

A pocos metros del Gran Palacio, en el edificio del viejo Senado, donde se alojaba, Lenin escribió sus últimos trabajos obsesionado en su lucha contra lo viejo, que a veces eran los restos de la estructura zarista y a veces la ya vieja estructura de su partido y también despotricaba contra la burocracia y la ineficiencia en la estructura del Estado. A pocos metros de donde Lenin escribió esos documentos se exhiben orgullosamente como monumentos históricos dos símbolos de la ineficiencia estatal, pero del zarismo. La Gran Campana Zarina y el Gran Cañón Zar, la campana y el cañón más grandes del mundo, ambos totalmente inútiles. "Obra maestra de la artillería antigua y de la pericia de los fundidores rusos del siglo XVI", dice la guía sin mucha convicción porque ese cañón nunca pudo disparar las moles de casi un metro de diámetro que medían sus proyectiles. La Zarina es "la campana más grande que ha existido en el mundo", pesa 200 toneladas y se resquebrajó dos años después de haber sido terminada, sin que nadie la hubiera tañido jamás.

En la Plaza de las catedrales junto al Gran Palacio, se levantan dos catedrales, dos iglesias y la torre de Iván el Terrible. Más de treinta cúpulas doradas coronadas por sus cruces que destellan casi unidas en el cielo a las estrellas rojas de cristal de rubí de tres metros de diámetro que saludan a la gloria de la Revolución de Octubre desde la punta de cinco de las torres del muro que rodea al Kremlin.

El Palacio de los Congresos es el edificio más nuevo; se construyó en 1961, en un solo año. Es un teatro de cinco pisos, con capacidad para seis mil personas y una sala de banquetes en el último nivel. Cuando no se reúne el Comité Central del Partido Comunista, el local es utilizado para funciones de teatro y ballet y resulta sorprendente la masiva adhesión popular, sobre todo a este último. Una multitud de seis mil personas acude a ver al Bolshoi o al ballet de Moscú, en una función común, y sin que sea día de estreno, hombres y mujeres y también niños, y casi no se escuchan ruidos durante la función porque todos están pendientes y son conocedores de lo que sucede en el escenario. En pocos países del mundo el ballet tiene una respuesta popular tan masiva y pocos países del mundo tienen grupos como el Bolshoi de Moscú o el del teatro Kirov de Leningrado. En el intervalo suena una chicharra y por lo menos tres mil soviéticos se lanzan escaleras mecánicas arriba hacia el salón de banquetes donde hay dispuesto un inmenso autoservicio con bocadillos de salmón rosado, caviar y jugo de frutas o vino. Suena otra chicharra y los tres mil abajo, pero durante la función ni se chista.

Leningrado es otro cantar. Próxima al Polo Norte, en la misma latitud que Kamchatka y que el sur de Alaska, Pedro el Grande ordenó su construcción sobre la base de una fabulosa acumulación feudal que ya había entrado en desuso entre las monarquías de Europa occidental, más seducidas por las rentas del capitalismo. Se trasladaron palacios completos de ciudades italianas y francesas y se mandaron construir réplicas de otros sobre las 41 islas del delta del río Neva frente al Báltico. Una ciudad de palacios atravesada por 86 ríos, riachuelos, afluentes y canales. La ciudad donde vivió y murió en un duelo por cuestión de faldas el poeta nacional ruso, Alejandro Pushkin. Y así de repente el ómnibus pasa por una esquina y el guía señala un edificio diciendo "Allí vivió el estudiante Raskolnikoff", que en realidad no vivió nunca nada más que en la imaginación de Fedor Dostoievski con cuya casa se puede topar uno caminando displicentemente por la calle de La Fontanca.

En el verano, el sol apenas se oculta tras el horizonte y lo que debería ser la noche toma la luminosidad de un crepúsculo plateado hasta el amanecer. Son las noches blancas de Leningrado. A la medianoche, una o dos de la madrugada, la ciudad resplandece plateada y solitaria. Entonces es la mejor hora para escaparse del hotel Pribaltiskaya, abordar corriendo un ómnibus con varios kópecs en la mano para que el chofer seleccione los que corresponden al costo del pasaje y bajar en el versallesco Palacio de Invierno, el Ermitage de Catalina II que hoy es uno de los museos más completos del mundo. Entonces, en la soledad de la explanada del Palacio se puede revivir la escena culminante del *Octubre* de Eisenstein, cuando los marineros y soldados del soviet asaltan el Ermitage desde la gran arcada del Palacio del Estado Mayor. Allí se filmó la película, pero además allí sucedieron los hechos.

Como Chaplin

Y después de esa breve digresión histórica hay que dejarse atraer por las callecitas que bordean los canales adonde llega apenas el susurro de algún motor lejano. Y aparecer inesperadamente otra vez en el malecón del Neva poblado ahora por parejas y grupos de jóvenes que salen de los teatros. Un hombrecito vestido como Chaplin, con moñito y sombrero hongo, avanza haciendo aspavientos por el centro de la vereda acompañado por tres muchachas. Se acerca para pedir fuego, empieza en ruso, sigue en alemán y como ve que no la emboca termina en el kriga-bundolo simiesco, universal y más inteligible. El hombrecito resulta director de teatro, una de las muchachas es la escenógrafa, otra actriz y la tercera su hermana, que pesca algo de castellano. Una invitación para tomar cognac y vodka en su buhardilla, una forma de hacer amigos y una larga y complicadísima conversación de donde resulta que la *perestroika* ha creado expectativa y que su fe en la sociedad soviética se alimenta con los vientos de apertura.

El único defecto de las noches blancas es que hay que olvidarse de dormir, como las gallinas cuando les prenden luz artifical para que pongan más huevos. De regreso al hotel, se produce un cruce de miradas con una especie de diosa latina de vestido largo y ceñido, tacos altos y pelo suelto. ¡Ah, caray!

Pero la primera e inocente aproximación depara una amarga sorpresa. Se trata de un finísimo gato italiano de caza en la temporada del turista finlandés, que suele atravesar el Báltico con el bolsillo bien provisto. Tarifa fuera de toda discusión. Otro mal menor aparentemente tolerado por el bien de los finlandeses.

Con el zumbido de las turbinas comienza la nostalgia. Adiós Leningrado, adiós Moscú. Con el cigarrillo prendido uno se pregunta qué extrañará más de esta tierra de cosacos bebedores en la frontera fidusa entre Oriente y Occidente. No sólo de caviar y vodka se alimenta el hombre.

FRAGMENTOS DE UNA NOVELA DESEMPOLVADA

NOMBRAMIENTO

El escritor soviético Alexandr Bek murió en 1972, pero recién el año pasado se editó su novela Nombramiento*, ambientada durante el gobierno de José Stalin, quien había muerto en 1953.*

Los fragmentos que se publican están tomados de la revista soviética Sputnik*. La propia revista define la obra de Bek como "un libro sobre una época en que hubo muchas victorias y muchas tragedias para el pueblo soviético".*

Estudiando la vida de Alexandr Leóntievich Onísimov, conversando con la gente que lo conocía más o menos de cerca, llegué a la conclusión de que la primera noticia poco clara acerca de su destitución se tuvo ya en el verano de 1956.

En un comienzo el rumor no se confirmó. Pasaban los días, transcurrían los meses, y Alexandr Leóntievich continuaba a la cabeza del Comité. Sin embargo, ya en setiembre, los secretarios y los ponentes de Onísimov averiguaron que la decisión había sido tomada: a Alexandr Leóntievich se le encargaría una misión diplomática y pronto se marcharía a un país de Europa del norte. Era algo que podía oírsele decir a mucha gente.

A mucha. Pero no al propio Onísimov. El, como siempre, a las nueve de la mañana en punto entraba en su despacho ubicado en el segundo piso del edificio del Consejo de Ministros en la Rúa de los Cazadores. A la llegada de Alexandr Leóntievich, en su escritorio, como era habitual, ya se encontraban los partes diarios acerca del trabajo de las fábricas metalúrgicas ferrosas y no ferrosas, sobre la extracción de carbón y petróleo.

Su rostro, de rasgos correctos, a excepción, tal vez, de su labio superior, un tanto caído y corto, se inclinaba sobre las columnas de cifras. Su mano, pequeña, blanca, con un pequeño matiz amarillento, armada de un lápiz subrayaba rápidamente una u otra cifra. Sus huesudos dedos temblaban ligeramente. No, no era un temblor senil: Onísimov había cumplido sólo 54 años. Algunas hebras de plata se perdían en su cabello castaño dividido a la izquierda por una raya siempre recta como si hubiera sido trazada con una regla. El temblor de los dedos perseguía a Onísimov hacía ya varios años. En las horas de calma se hacía apenas perceptible, pero cuando Alexandr Leóntievich se irritaba, aumentaba considerablemente.

Los médicos no habían podido curar este extraño mal. Además, Alexandr Leóntievich tenía poca confianza en la medicina, en las indicaciones de los galenos. ¡Qué importaba que temblaran los dedos! ¡No había que prestarles atención! Por lo demás, este temblor no influía en lo más mínimo en su magnífica letra caligráfica, adquirida en la adolescencia, cuando desde el quinto grado de la escuela comercial logró conseguir una mísera paga copiando documentos...

La mano izquierda de tiempo en tiempo se estiraba hacia la cajetilla de cigarrillos Amigo que siempre estaba sobre su escritorio. Sin quitar la vista del texto mecanográfico, Onísimov encendía una cerilla y, con el ansia habitual, inhalaba el humo. Había empezado a fumar de viejo, en 1938, en los días cuando se decidía su suerte. Y desde entonces no había podido dejar el vicio.

La colilla todavía humeaba en el cenicero, y Onísimov ya estaba encendiendo un nuevo cigarrillo. Fiel a su estilo –un estilo de dirección pulido durante décadas–, Alexandr Leóntievich no se limitaba a la lectura de los documentos...

Sin conformarse con las explicaciones de los despachos ministeriales, siguiendo la regla de no creer en nada a pie juntillas, tocaba impacientemente el timbre y le ordenaba al secretario que lo comunique con la fábrica, que llamen al director o al jefe de taller y, a veces, hasta a un maestro.

Con esta gente Onísimov confirmaba las explicaciones recibidas. Conocer el trabajo hasta el más mínimo detalle, conocerlo mejor que nadie, no confiar en las palabras ni en el papel; ése era su lema. O como él mismo definía su método: mantener en tensión el aparato.

Con los reportes diarios había terminado. Los telegramas también habían sido estudiados. En cada hoja de un gran bloque de notas se podía leer: "Presidente del Comité Estatal de Metalurgia y Combustibles, adjunto al Consejo de Ministros de la URSS"; más abajo había unas cuantas notas: las actividades que Alexandr Onísimov debería desarrollar en el curso del día.

Bien, parece que puede ponerse punto final, basta. Todos los asuntos –los en curso y los de perspectiva– de los cuales se hará cargo el suplente, están claros. Sin embargo, hay algo más, no muy importante, que no figura en las directrices gubernamentales, pero que tiene mucha significación para Onísimov. Otra vez el pasado asalta su mente.

....

Durante unos minutos Onísimov no prestó atención a las voces que se oían detrás de la puerta. Pero repentinamente Sergó, alterado, se puso a hablar en voz alta. Su interlocutor le contestaba con calma, incluso, con premeditada lentitud. ¿No será Stalin? La conversación se desarrollaba en georgiano. Onísimov no sabía una palabra de ese idioma y, felizmente, no resultó en el papel de oyente furtivo. Pero, de todas maneras, había que retirarse de inmediato; la conversación en el otro despacho se hacía cada vez más álgida. ¿Cómo irse? La única salida pasaba por el despacho grande. Alexandr Leóntievich se paró, y cruzó el umbral.

Sergó continuaba hablando acaloradamente, casi a gritos. Su palidez había desaparecido para dejar paso a un rubor de un enfermizo matiz azulado. Agitaba las manos, persuadiendo y reprochando a Stalin. Aquel, vestido con un sempiterno uniforme de soldado, estaba de pie con los brazos cruzados sobre el pecho.

Onísimov quiso pasar en silencio, pero Stalin lo detuvo:

–Buenas noches, camarada Onísimov. ¿Parece que le tocó oír lo que estábamos conversando?

–Disculpe, no podía saber que...

–Suele ocurrir...¿Pero con quién está usted de acuerdo? ¿Con el camarada Sergó o conmigo?

–Camarada Stalin, no entiendo una palabra en georgiano.

Stalin dejó pasar esta frase como si nunca hubiera sido dicha. Clavando su pesada mirada en Onísimov, sin alzar la voz, repitió con más lentitud todavía:

–¿Con quién está de acuerdo usted? ¿Con él?... ¿O conmigo?

Ese fue el instante que después inclinó la balanza. Alexandr Leóntievich no se atrevió a mirar a Sergó. Una fuerza, similar al instinto, que actuó más rápido que el pensamiento lo obligó...Y él, Onísimov, sin titubear, dijo: "Con usted, Iósif Vissariónovich Stalin".

NOTICIAS DE TAFI EN "IZVESTIA"



ИЗВЕСТИЯ

СОВЕТОВ НАРОДНЫХ ДЕПУТАТОВ СССР

Газета выходит с марта 1917 года

Среда, 2 сентября 1987 года

Цена 4 коп.

№ 245 (22052)

НАУКА: ВРЕМЯ ПЕРЕМЕН

ДЕТИ РАЗНЫХ НАРОДОВ

СООБЩЕНИЯ ИЗ-ЗА РУБЕЖА

ЮАР: ТРАГЕДИЯ ЗА ТРАГЕДИЕЙ

Аргентина: Вылазка экстремистов

Египет: ПРЕСТУПНИК АРЕСТОВАН

"Argentina: ataque de extremistas", dice el título de la columna marcada en el vespertino *Izvestia*, órgano del Soviet Supremo (Parlamento) de la URSS. La nota, del 2 de setiembre, es de V. Nésterov, que escribe desde Buenos Aires, y comenta la agresión contra militantes de organismos de derechos humanos por parte de admiradores del general Antonio Domingo Bussi, en Tucumán. Dice: "Elementos de ultraderecha en la ciudad de Tafí Viejo abrieron fuego sobre los participantes de una manifestación de protesta contra la candidatura a gobernador de la provincia de Tucumán del general Antonio Bussi. Como resultado del ataque fueron heridas gravemente tres personas. Una de ellas, Fernando Rojas, de 20 años, con dos heridas de bala en la cabeza, se encuentra en estado de coma. Rojas es partidario de la oficialista Unión Cívica Radical. Junto con sus camaradas exigió no permitir la elección del general Bussi, con cuyo nombre se vinculan la represión y la persecución de demócratas argentinos durante la dictadura militar. Precisamente durante la permanencia del general en la gobernación de la provincia –termina *Izvestia*– murieron y desaparecieron decenas de inocentes".

El diario se publica desde marzo de 1917, edita 7,8 millones de ejemplares y se imprime simultáneamente en varias ciudades de la URSS. *Izvestia* significa "Noticias" o "Novedades".

En la página 2 se critica el "déficit artificial" de artículos de consumo, el bajo nivel de la industria lanera dentro de un fotorreportaje sobre los vicios en la construcción: el derrumbe de un techo de una fábrica aún inconclusa. La nota refiere "hechos de asombrosa desadministración, indolencia, irresponsabilidad total e, incluso, de franco latrocinio y coima". "Se convocan ministros y sustitutos, jefes de direcciones generales y directores generales de grandes producciones, cuya complacencia y falta de exigencia al fin y al cabo se transforman en pérdidas y déficit".